

GENEROSIDAD

- 1. Generosidad de Dios con el hombre.**
- 2. Generosidad en la limosna.**
- 3. «Es mejor dar que recibir»**
- 4. El premio de la generosidad**
- 5. Para ser generosos**
- 6. Generosidad con Dios**
- 7. Generosidad con los demás**
- 8. Dar con alegría**

1. Generosidad de Dios con el hombre

Nunca se cansa de dar ni se pueden agotar sus misericordias; no nos cansemos nosotros de recibir (SANTA TERESA, Vida, 19, 6).

Dios no se deja nunca ganar en generosidad (SAN JOSEMARÍA ESCRIVÁ DE BALAGUER, Es Cristo que pasa, 40).

Los beneficios divinos son siempre completos y abundantes, no circunscritos a un bien pequeño, sino rebosando abundancia (SAN AMBROSIO, en Catena Aurea, vol. V, p. 21).

Siempre da más de lo que le pedimos (SANTA TERESA, Camino de perfección, 37, 4).

[...] su amor es grande. Si deseas prestarle, El está dispuesto. Si quieres sembrar, El vende la semilla; si construir, El te está diciendo: edifica en mis solares. ¿Por qué corres tras los hombres, que nada pueden? Corre en pos de Dios, que por cosas pequeñas te da otras que son grandes (SAN JUAN CRISÓSTOMO, Hom. sobre S. Mateo, 76).

Con esta parábola (del sembrador) quiso declarar el Señor que El habla a todos con mucha generosidad. Porque así como el labrador no distingue la tierra que va pisando con sus pies, sino que arroja natural e indistintamente su semilla, así el Señor no distingue al pobre del rico, al sabio del ignorante, al tibio del fervoroso, al valiente del cobarde (SAN JUAN CRISÓSTOMO, Hom. sobre S. Mateo, 44).

Cuando tú más recibes, más se alegra El y más dispuesto está a seguir dándote; Dios tiene por propia riqueza nuestra salvación. Y

su gloria está en dar copiosamente a cuantos le piden, que es lo que declaraba San Pablo, cuando decía: Rico con todos y sobre todos los que le invocan (Rom. 10, 12) (SAN JUAN CRISÓSTOMO, Hom. sobre S. Mateo, 22).

Este Señor está sobre nuestros altares, como en un trono de amor y de misericordia, para distribuirnos infinitas gracias (SAN ALFONSO M^a DE LIGORIO, Visitas al Stmo. Sacramento).

2. Generosidad en la limosna. Ver nº. 3339-3347.

3. «Es mejor dar que recibir»

Al decir de San Pablo, existe un mandamiento del Señor, que expresa así: Porque lo ha afirmado él mismo -esto es, el Señor Jesús-: Es mejor dar que recibir. La liberalidad del que da es mejor que la pasividad del que recibe (CASIANO, Instituciones, 10, 19).

Es bueno dar gloria a Dios, sin tomarse anticipos (mujer, hijos, honores...) de esa gloria, de que gozaremos plenamente con El en la Vida... Además, El es generoso... Da el ciento por uno: y esto es verdad hasta en los hijos. -Muchos se privan de ellos por su gloria, y tienen miles de hijos de su espíritu. -Hijos, como nosotros lo somos del Padre nuestro, que está en los cielos (SAN JOSEMARÍA ESCRIVÁ DE BALAGUER, Camino, n. 779).

Quien es esclavo de las riquezas, las guarda como esclavo; pero el que sacude el yugo de su esclavitud, las distribuye como señor (SAN JERONIMO, en Catena Aurea, vol. I, p. 392).

La liberalidad de tu misericordia redundará en abundancia para tus graneros. Mira, por tanto, que no salgas perdiendo por querer guardar para ti, antes procura recolectar a largo plazo (SAN PEDRO CRISÓLOGO, Sermón 43).

Da al que te pida. Puede entenderse también esto del dinero y de la doctrina: cuanto más se da, tanto más se multiplica (SAN JERONIMO, en Catena Aurea, vol. I, p. 323).

4. El premio de la generosidad

Es tan agradecido, que un alzar de ojos con acordarnos de El no deja sin premio (SANTA TERESA Camino de perfección, 23, 3).

Te duele que no te agradezcan aquel favor. -Respóndeme a estas dos preguntas: ¿tan agradecido eres tu con Cristo Jesús?...

¿has sido capaz de hacer ese favor, buscando el agradecimiento en la tierra? (SAN JOSEMARÍA ESCRIVA DE BALAGUER, Camino, n. 693).

Ahora precisamente, hermano, Cristo está pasando hambre, se digna pasar hambre y sed en todos los necesitados, y lo que recibe en la tierra es lo que devolverá en el cielo (SAN CESÁREO DE ARLÉS, Sermón 25, 1).

¡Que es muy buen pagador y paga muy sin tasa! (SANTA TERESA, Camino de perfección, 37, 3).

Sea bendito por todo, que he visto claro no dejar sin pagarme, aun en esta vida, ningún deseo bueno (SANTA TERESA, Vida, 4, 7).

El pide cosas insignificantes y promete en cambio grandes dones, tanto en este mundo como en el futuro, a quienes le aman sinceramente (SAN GREGORIO NACIANCENO, Disertación 7).

Habéis oído en el Evangelio la recompensa de los siervos buenos y el castigo de los malos siervos. Toda la culpa del siervo rechazado y tan duramente sancionado reducíase a esto: no quiso dar. Guardó íntegro lo recibido; mas el Señor quería sus intereses [...]. (SAN AGUSTIN, Sermón 94).

Aun en esta vida lo paga Su Majestad por unas vías que sólo quien goza de ello lo entiende (SANTA TERESA, Vida, 4, 2).

5. Para ser generosos

Observa de qué manera pide cosas sencillas de hacer, porque no dijo: estaba en la cárcel y no me sacasteis, estaba enfermo y no me curasteis..., sino, no me visitasteis y no vinisteis a mi casa. Además, cuando tiene hambre no pide una mesa espléndida, sino la comida necesaria [...]. Observa además: 1) la facilidad en dar lo que se pide (pues era pan); 2) la miseria del que pedía (pues era pobre); 3) la compasión hacia la misma naturaleza (pues era hombre); 4) el deseo de alcanzar lo que pedía (pues a cambio prometía el reino); 5) la dignidad del que recibía (pues era Dios por medio de los pobres); 6) la superabundancia del honor (porque se dignó recibir de mano de los hombres); 7) era justo dar (pues recibía de nosotros lo que es suyo); pero los hombres muchas veces están ciegos ante estas cosas por la avaricia (SAN JUAN CRISÓSTOMO en Catena Aurea, vol. III, p. 246).

¿No serás por ventura como un expoliador, teniendo como tuyo lo que has recibido para distribuir? Es el pan del hambriento el que tienes, el vestido del desnudo el que conservas en tu guardarropa; es

del descalzo el calzado que amontonas y del necesitado la plata que escondes bajo la tierra. Cometes, pues, tantas injusticias cuantas son las cosas que puedes dar (SAN BASILIO en Catena Aurea, vol. VI, p. 82).

No hay cosecha, cuando no se está dispuesto a aceptar generosamente un constante trabajo, que puede resultar largo y fatigoso: labrar la tierra, sembrar la simiente, cuidar los campos, realizar la siega y la trilla... (SAN JOSEMARÍA ESCRIVÁ DE BALAGUER, Es Cristo que pasa, 158).

6. Generosidad con Dios

El Amor... ¡Bien vale un amor! (SAN JOSEMARÍA ESCRIVÁ DE BALAGUER, Camino, n. 171).

¿Por qué, pues, sois perezosos para dar, cuando lo que dais al que yace en tierra lo dais al que tiene su trono en el Cielo? (SAN GREGORIO MAGNO Hom. 40 sobre los Evang.)

La razón, pues, por la que Dios desea que los hombres le sirvan es su bondad y misericordia, por las que quiere beneficiar a los que perseveran en su servicio; pues si Dios no necesita de nadie, el hombre, en cambio, necesita de la comunión con Dios. En esto consiste la gloria del hombre, en perseverar y permanecer en el servicio de Dios (SAN IRENEO Trat. contra las herejías, 4, 13).

Y por esto los antiguos hombres debían consagrarle los diezmos de sus bienes; pero nosotros, que ya hemos alcanzado la libertad, ponemos al servicio del Señor la totalidad de nuestros bienes, dándolos con libertad y alegría aún los de más valor, pues lo que esperamos vale más que todos ellos; echamos en el cepillo de Dios todo nuestro sustento, imitando así el desprendimiento de aquella viuda pobre del Evangelio (SAN IRENEO Trat. contra las herejías, 4, 18).

Hay un caso que nos debe doler sobre manera: el de aquellos cristianos que podrían dar más y no se deciden; que podrían entregarse del todo, viviendo todas las consecuencias de su vocación de hijos de Dios, pero se resisten a ser generosos. Nos debe doler porque la gracia de la fe no se nos ha dado para que esté oculta, sino para que brille ante los hombres (cfr. Mt 5, 15-16); porque, además, está en juego la felicidad temporal y la eterna de quienes así obran. La vida cristiana es una maravilla divina, con promesas inmediatas de satisfacción y de serenidad, pero a condición de que sepamos apreciar el don de Dios (cfr. Jn 4,10), siendo generosos sin tasa (SAN JOSEMARÍA ESCRIVÁ DE BALAGUER, Es Cristo que pasa, 147).

7. Generosidad con los demás

Es éste un distintivo del hombre justo: que, aun en medio de sus dolores y tribulaciones, no deja de preocuparse por los demás; sufre con paciencia sus propias aflicciones, sin abandonar por ello la instrucción que prevé necesaria para los demás, obrando así como el médico magnánimo cuando está él mismo enfermo. Mientras sufre las desgarraduras de su propia herida, no deja de proveer a los otros el remedio saludable (SAN GREGORIO MAGNO, Moralia, 3, 3940).

Pero considerad, os ruego, aquí también la reverencia de Pedro para con el Señor. Porque, teniendo en casa a su suegra enferma y con alta fiebre, no forzó a que fuera a verla, sino que esperó a que El terminara toda su instrucción y a que todos los otros fueran curados y sólo entonces, dentro ya de casa, le ruega por ella. De esta manera aprendía Pedro, desde el principio, a poner los intereses de los otros por delante de los suyos propios (SAN JUAN CRISÓSTOMO, Hom. sobre S. Mateo, 27).

Deberías estar agradecido, contento y feliz por el honor que se te ha concedido, al no ser tú quien ha de importunar a la puerta de los demás, sino los demás quienes acuden a la tuya. Y en cambio te retraes y te haces casi inaccesible, rehúyes el encuentro con los demás, para no verte obligado a soltar ni una pequeña dádiva. Sólo sabes decir: «No tengo nada que dar, soy pobre». En verdad eres pobre y privado de todo bien; pobre en amor, pobre en humanidad, pobre en confianza en Dios, pobre en esperanza eterna (SAN BASILIO MAGNO, Hom. sobre la caridad, 3, 6).

Dios, en este mundo, padece frío y hambre en la persona de todos los necesitados, como dijo El mismo: Cada vez que lo hicisteis con uno de estos mis humildes hermanos, conmigo lo hicisteis. El mismo Dios que se digna dar en el cielo quiere recibir en la tierra (SAN CESÁREO DE ARLÉS, Sermón 25, 1).

Y no me refiero sólo a los ricos, sino también a los pobres, a los que viven mendigando; no hay pobre, por muy pobre que sea, que no tenga dos céntimos que dar (SAN JUAN CRISÓSTOMO, Hom. sobre la Epístola a los Hebreos 3, 2).

Eres calculador. -No me digas que eres joven. La juventud da todo lo que puede: se da ella misma sin tasa (SAN JOSEMARÍAESCRIVA DE BALAGUER, Camino, n. 30).

Con nuestros haberes, fruto de nuestro sudor y de nuestro trabajo, debemos ayudar a los necesitados (CASIANO. Instituciones, 10, 18).

Mas como nada les pusisteis en las manos (a quienes os necesitaban), nada habéis hallado en Mí (SAN AGUSTIN, Sermón 18).

8. Dar con alegría

Debes demostrar que das con alegría y gusto; para esto no hace falta que esté esperando una hora el que se dirige a ti, porque cuando el pobre espera, casi se arrepiente de haber pedido. Un vaso de agua ofrecido con alegría y rapidez agrada más que una garrafa de vino dada con poco agrado y a disgusto. (SAN BERNARDINO DE SIENA, Sermón sobre la limosna).

Ve un hombre a su prójimo que no tiene pan ni medios para procurarse el alimento indispensable y, en vez de apresurarse a ofrecerle su ayuda para rescatarle de la miseria, lo observa como quien observa una planta verde que se está agostando lastimosamente por falta de agua. Y, sin embargo, este hombre abunda en riquezas y podría ayudar a muchos con sus bienes. Lo mismo que el caudal de una sola fuente puede regar una vasta extensión de terreno, así la abundancia de un solo hogar puede librar de la miseria a un gran número de pobres, si no lo impiden la tacañería y la avaricia del hombre, como acontece con una roca que cae en el arroyo y desvía la corriente (SAN GREGORIO DE NISA, Sermón 1, sobre el amor a los pobres).

Da tu limosna con alegría. Que todo lo que hagas por amor de Dios sea con alegría y no con fastidio. Porque está escrito: El espíritu abatido seca los huesos (Prov 17, 22). Lo cual significa que cuando el pobre viene a tu puerta y le das una limosna gruñendo, tu mérito se ha esfumado aun antes de que franquee el umbral. La tienes que convertir en alegre con tu corazón, tus palabras, tus obras. Cuando el mendigo llega a tu casa y pide una limosna por amor de Dios, respóndele con agrado: «Sé bienvenido». Así le testimonias que tu don va hecho con alegría por tus palabras, tu corazón, tu aspecto simpático y tu rapidez. Una palabra junto con la limosna consuela más de lo que crees (SAN BERNARDINO DE SIENA, Sermón sobre la limosna).